

***Jeromín*: la novelización de una biografía a través de los resquicios de la Historia**

ENRIQUE MIRALLES GARCÍA
Universidad de Barcelona

Si leemos *Jeromín* (1903-1907)¹ a la luz de las biografías más recientes sobre Juan de Austria, podemos constatar que la novela del padre Coloma se ajusta en términos generales a la realidad histórica. El autor de *Pequeñeces* sigue los mismos pasos de los historiadores en cuanto a los hechos que distinguieron la vida del héroe de Lepanto y en la valoración de su perfil humano. En el curso de la novela se suceden los períodos de su origen misterioso hasta ser reconocido oficialmente como hijo natural del emperador Carlos V, su residencia en la corte madrileña y estudios universitarios en Alcalá de Henares, el despertar de su vocación militar al querer acudir al socorro de Malta y su temprano nombramiento como capitán general de la Armada y primeras acciones marítimas, su victoriosa empresa en la guerra de las Alpujarras, prólogo de la que acometería poco tiempo después, la más celebrada, como generalísimo de la Santa Liga en la batalla triunfal de Lepanto contra los turcos, sus sueños por conseguir una coronal real al emprender la conquista de Túnez, las relaciones con su hermanastro Felipe II al estar sometido a su obediencia y, finalmente, su estancia en Flandes en calidad de gobernador de los Estados Generales hasta sobrevenirle inesperadamente la muerte a la edad de treinta y un años. La obra de Coloma recoge punto por punto esta trayectoria vital, pasando sin embargo por alto la serie de lances amoro-

1. Las referencias bibliográficas incurren en el error de datar su publicación en 1902, o bien las fechas inexactas 1903 y 1905. Apareció por entregas en la revista bilbaína de *El Mensajero del Corazón de Jesús* a partir de 1903 (enero o marzo) hasta abril de 1907. En julio de 1905 se puso a la venta el primer tomo (en el anuncio que da *El Universo* (Madrid, 26-IV), este decía falsamente, para conseguir suscriptores, que el P. Coloma lo había escrito expresamente para este periódico y que ningún otro podía publicarlo), y en marzo/abril de 1907, una vez concluida la obra, el segundo. El título completo es *Jeromín. Estudios históricos del siglo XVI* (Bilbao, Imprenta del Corazón de Jesús). A la vista de este encabezamiento los lectores no supieron discernir si se trataba de una biografía anovelada o de un estudio histórico, pues hasta el propio autor incluye su obra dentro del género de los «Estudios históricos». Sin embargo, ya en la primera reseña del *Boletín de la Real Academia de la Historia* A. Rodríguez Villa puntualiza que «desde el título, *Jeromín*, hasta el final de la obra, todo revisita más forma novelesca y literaria que propiamente histórica [...] todo entraña el objetivo principal de cautivar a los lectores con el brillante relato de los mil episodios de la gloriosa vida del vencedor de Lepanto» (1908: 110). En la misma línea ya se había manifestado meses antes el redactor de *La Época* (Madrid, 15-IV-1907).

sos en que el personaje se vio envuelto durante su estancia en Nápoles y recreándose quizá más de lo debido, como más adelante veremos, en la trama del asesinato de Escobedo, el fiel secretario de don Juan. El novelista distribuye la suma de estos episodios en cuatro libros, subdivididos en 25 capítulos, destinados en su conjunto a engrandecer la figura de unos de los grandes héroes de la Historia de España, en la que resaltarán dos facetas de su personalidad: su prestigio militar y su religiosidad.² Se erige, pues, en un ejemplo admirable para los lectores de su tiempo, que acogieron la novela con cierto entusiasmo hasta caer esta casi en el olvido a finales del siglo xx, si bien desde fechas más recientes el personaje ha vuelto a ejercer «una considerable fascinación sobre escritores de múltiples países europeos, especialmente entre escritores de cultura católica y/o del ámbito mediterráneo» (Sánchez-Marcos, 2012). En la anterior biografía histórica de este autor, *La reina mártir* (1898), género con el que imprimió un giro en su trayectoria novelística por razones que ahora no vienen al caso (véase, a este respecto, Romero Casanova: 177-212), la semblanza de María Estuardo se centra en el arraigo de su fe religiosa, capaz de darle fuerzas frente a las adversidades y convertirla en una defensora a ultranza del catolicismo frente al protestantismo. Es por lo tanto otro prototipo, en versión femenina, de heroína con sus luces, pero con más sombras que las de don Juan, disculpables todas ellas para el autor al ponerlas en entredicho siempre con interrogantes, a fin de no empañar la grandeza de una reina víctima de una persecución religiosa. Empareja así Coloma a dos personajes históricos de la misma época, pero de distinto sexo y geografía territorial dentro de un común escenario europeo, elevados a una categoría modélica en el papel que por su alcurnia el destino les encomendó.

El proyecto narrativo del jesuita se trasluce con claridad y sobre esta piedra angular monta su segunda biografía. No pretende en ella seguir la tradición de un género patrocinado por el romanticismo que buceaba en las nieblas de un pasado para extraer el tesoro de una intriga fundada en desvelar misterios, ni trazar un recorrido de aventuras, ni promover la rivalidad entre protagonistas y antagonistas, que de todo ello todavía quedan secuelas en *La reina mártir*, ni tampoco fundir la historia real con la imaginaria, la grande con la chica, la reconocible con la anónima, como lleva a cabo Galdós en sus *Episodios nacionales*, sino que biografía a un sujeto digno de admiración por su relevancia histórica y lo cifra en la cabeza visible de una época en la que España alcanzó su mayor esplendor. Tanto las estampas descriptivas que adornan el cuadro que retrata al personaje, al igual que el relato de los episodios, bien sea imaginario o documentado que componen su curso vital, se articulan en torno a una directriz unívoca. O sea, el discurso histórico y el novelesco se funden aquí en la imagen no social de un colectivo y de una época, sino de un individuo, desde su cuna

2. El texto abunda en demostraciones sobre su fervor religioso y sobra citarlas. Fue usual en el seno de la familia real, como bien demuestra G. Parker (2010: 247-8).

hasta su sepultura. Teniendo como principales fuentes de documentación las biografías de Van der Hammen (1627) y Baltasar Porreño (1627),³ el escritor jerezano refuerza los datos con citas bibliográficas de estos y otros autores más transcripciones epistolares de los mismos personajes históricos procedentes de archivos, un cimiento narrativo sobre el que se sustenta desde una perspectiva omnisciente la recreación de unos hechos con sus escenarios y personajes partícipes en ellos, construyendo así un relato que oscila entre el dinamismo de una acción y el estatismo documental y descriptivo, propio de «un historiador que nos ofrece una visión objetiva de la Historia en forma de narración, con la utilización de recursos propios de la historiografía» (Romero Casanova, 2011: 13). Como la amplitud del material y recursos que se dan cita en la obra desbordan los límites de espacio y tiempo que marcan mi intervención, básteme con analizar a título de muestra significativa cómo opera el escritor jerezano en la composición de su obra. Me centraré en tres tramos narrativos bien diferenciados por su naturaleza que cubren o forman parte de sendas etapas en la vida del protagonista: su infancia, la batalla de Lepanto y la muerte de Escobedo.⁴

La infancia de Jeromín, para Coloma, Jerónimo para la historiografía,⁵ hasta ser reconocido oficialmente como hijo natural del emperador con el nombre de Juan de Austria, ocupa por entero el libro primero de los cuatro de que consta el volumen. De todas las secuencias de la biografía es esta la que se presta más a la novelización por la falta de datos históricos, añadida al misterio que rodea a su nacimiento. Coloma rellena las lagunas con amplificatos, anecdotario y anticipos de su semblanza, conforme a un plan narrativo bien ordenado: 1) Infancia de Jeromín al cuidado de sus padres adoptivos Luis Méndez de Quijada (o Quixada), mayordomo de Carlos V, y su esposa Magdalena de Ulloa (capítulos I-VII). 2) Retiro del emperador a Yuste, donde le visita el niño (capítulos VIII-X). 3) Enfermedad y muerte del monarca (capítulos XI y XII). 4) El auto de fe contra los luteranos al que acude Jeromín (capítulos XIII-XV). 5) Reconocimiento oficial de este por parte de Felipe II (capítulo XVI).

Desde el mismo comienzo se advierte la estrategia novelística de ocultar al lector la identidad del personaje cuando aparece ya en plena infancia, contrariamente a la práctica de los primeros biógrafos, que se remontan a sus verdaderos orígenes y las circunstancias de su nacimiento. De este modo el relato adquiere un halo de misterio propio de los héroes de la narrativa épica, como el *Amadís*,

3. Una relación completa de las demás fuentes que manejó el autor puede verse en Elizalde (1992: 249-50) y Romero Casanova (2011: 385-6, 462-3). En cuanto a la historiografía sobre don Juan de Austria, cf. C. Blanco Fernández, «Aproximación a la historiografía sobre don Juan de Austria», en <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/viewFile/18/35>, 2009.

4. Entre las recientes biografías sobre Juan de Austria, véase en cuanto a claridad y rigor histórico, la de B. Bennassar (2004). Por ella me guío en la confrontación de datos diversos. En cuanto a su trascendencia histórico-literaria en el contexto cultural español y europeo, véase el muy documentado trabajo de Sánchez-Marcos (2012).

5. O «Xerominico» (Lozano Mateos, 1968-1971: 27), a su corta edad; de ahí, el título de la novela, *Jeromín*.

por sus atributos de «origen desconocido, justiciero, valiente y prometeico en su deseo de labrarse un reino» (Elizalde: 1992: 250-1) y, en general, de la romántica. Arranca en el momento en que el niño vive en el pueblecito de Leganés, como así fue, bajo el amparo de una mujer, Ana de Medina, viuda de Frans Massis, «antiguo músico de vihuela del emperador». Un día se presenta en el lugar un desconocido de nombre Carlos Prevost quien pregunta por él pues lleva el encargo de Adrian Du Bois, ayuda de cámara del emperador, de llevárselo al castillo de Villagarcía de Campos (Palencia) bajo la custodia del mayordomo de Carlos V, don Luis Méndez de Quijada, y de su mujer, doña Magdalena de Ulloa. Los detalles que adornan este pasaje inicial desde la reclamación que el enviado presenta a la madre adoptiva del futuro héroe hasta su partida al nuevo destino mantienen en vilo la intriga anecdótica (Romero Casanova, 2011: 415, ss.) y de ahí su valor narrativo, por más que sean irrelevantes para un historiador como Van der Hammen, al justificar por qué los omite:

Lo que pasó el tiempo que aquí [en Leganés] estuvo, tengo por excusado referir, sabida la edad de D. Juan y no ignorando aun los de moderados juicios la vida miserable de una aldea.

Sigo el precepto de los que bien sienten, pues no todo cuanto hizo uno desde que nació hasta el fin de su vida, decendiendo [sic] a las últimas menudencias se ha de escribir (1627: 8).

Repara el escritor jerezano, por traer sólo un detalle visualizador, en el medio de locomoción del gentilhomme flamenco, una «extraña máquina» que causa tremenda sorpresa ante los vecinos, consistente, en «cuatro mulas, uncidas de dos en dos, con largos tirantes, a una como casita de madera, con dos ventanas muy chicas y cuatro ruedas muy grandes» (p. 1009). Puestos en marcha hacia el lugar previsto, el narrador hace coincidir el paso de los dos viajeros por Valladolid con el del aun príncipe don Felipe hacia Inglaterra un día de mayo de 1554 y que Jeromín viera desde la ventana de un convento franciscano, donde se alojaba, el espectáculo del desfile militar, ignorante de que el caballero que iba al frente fuera su hermanastro. Prosiguen luego su viaje hasta llegar a su destino, el castillo de Villagarcía, donde es recibido por doña Magdalena de Ulloa, quien se ganaría pronto el afecto del niño, convirtiéndose en su verdadera madre adoptiva.⁶ Coloma nos ilustra a continuación sobre las excelencias su nueva residencia, la servidumbre que atenderá al muchacho, las virtudes de su protectora, la educación estricta que se le impone y la vida rutinaria que a partir de entonces llevará. Salpican este compendio unas anécdotas que inciden en los dos rasgos dominantes que sobresaldrán en la personalidad del futuro Juan de Austria, a juicio de su biógrafo:

6. Sobre este personaje histórico véase: VV. AA., *D^a Magdalena de Ulloa, 1598-1998, Una mujer de Villagarcía de Campos (Valladolid): Su profundo influjo social*, Valladolid, Diputación Provincial, 1998.

su talante militar y su espíritu religioso de un héroe predestinado a una misión providencial (Romero Casanova, 2011: 443), sintetizados en el crucifijo que el marido de doña Magdalena rescató del poder de los moriscos y ella le entrega, el llamado Cristo de las batallas, del que infante no se desprendería hasta su muerte:

Esta historia contó la propia doña Magdalena a Jeromín al preguntarle éste por primera vez la razón de las quemaduras del Cristo... Escuchábala el niño con el alma en los arrasados ojos, la boca crispada, dilatadas las narices y los puñillos cerrados y amenazadores, con el aire y ademán de un Clodoveo en miniatura, que se irrita por no haber podido evitar con sus francos el prendimiento de Cristo.

Comprendió la señora la grandeza de aquel corazón de niño, que despertaba y latía al eco de lo grande, lo santo y lo heroico, y mirándole un momento como admirada, limitose por entonces a abrazarle (p. 1018).

Todo este primer tramo de la vida del personaje que apenas merece unas líneas en las fuentes historiográficas que manejó Coloma, ocupan los siete primeros capítulos de su obra, sobre los cuales no es que fabule el jesuita, sino que lo amplifica con menudencias verosímiles y descripciones, materiales propios de la etapa infantil de cualquier héroe novelesco. La siguiente secuencia, todavía en la fase inicial, es la del encuentro del niño con el emperador. Para ello, el escritor jerezano centra ahora la acción en la crónica histórica del retiro de Carlos V al monasterio de Yuste a partir de su desembarco en Laredo en septiembre de 1556, procedente de los Países Bajos, su viaje y estancia temporal en Jarandilla mientras acondicionan su residencia, figurando entre su séquito Luis Méndez de Quijada, su enfermedad y, por último, su muerte. El protagonista de la novela pasa ahora a un segundo plano ante la figura prominente del monarca, pero no deja por ello de ser el hilo conductor, pues todo el contenido converge hacia los encuentros de Jeromín con su padre, el trato que este le dispensa y las reacciones del chiquillo, ignorante del lazo familiar, un hecho que el autor explota aprovechando de los resquicios de la Historia. Carlos V representa para él la imagen del «héroe legendario de sus ensueños guerreros» al que quiere ver en carne y hueso, mientras que al anciano la criatura le avivaba los instintos paternos a la vez que unos remordimientos muy profundos:

Conocíasele en la mirada de águila que reflejaba aún el genio y la gloria, y reflejaba también, al posarse en el niño, algo extraordinario, algo hondo, que no era seco, ni duro, ni indiferente tampoco, sino más bien dulce, amoroso, pero mezclado con otro *algo* que oprimía y angustiaba el corazón de Jeromín sin poder discernirlo, porque imposible era todavía a su alma inocente discernir los sombríos vislumbres que comunica al amor el remordimiento (p. 1031).

La tercera secuencia es igual de periférica, pues el papel del protagonista se reduce al de espectador de un auto de fe, el que tuvo lugar en Valladolid el 21 de

mayo de 1559 contra el doctor Cazalla y «treinta de sus secuaces herejes» luteranos. Salvo algunas incrustaciones sueltas de carácter anecdótico en las que el niño cobra presencia, los tres capítulos (xiii al xv) que el autor destina a la narración de este proceso, vuelto a revivir recientemente en la magnífica novela histórica *El hereje* de Miguel Delibes con mayor calado y acierto, cubren una etapa más con la que rellenar las lagunas de la infancia del personaje. El espectáculo de un auto como el de Cazalla, tan documentado,⁷ le da pie a Coloma para lucir sus dotes literarias. Estructura el tema en tres partes: el descubrimiento de la cédula luterana, descripción del escenario que se monta para la celebración del auto y ejecución de la condena. La primera la adereza con visos folletinescos la forma con que se delata a los herejes, valiéndose quizá de una tradición vallisoletana que anota y «en lo sustancial» no pone en duda Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*⁸ (libro iv, capítulo vii.iii, n. 1692), consignada por Matías Sangrador y Vitores, en su *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII* (Valladolid, 1851);⁹ no así en lo que se refiere a la parafernalia de un espectáculo «triste y lastimoso», que es lo más que el jesuita llega a denunciar, con todo su ceremonial religioso y número de espectadores desde los miembros del Santo oficio y gente ilustre hasta un «público soez e ignorante, sin duda alguna, y, por tanto, más disculpable que el que asiste hoy a nuestras ejecuciones, lleno de curiosidad malsana o fría indiferencia» (p. 1044); por último, la llegada de los condenados, todos ellos anotados con su propio nombre y pena asignada,¹⁰ para así

7. Véase la relación de historiadores mencionados expresamente por Delibes al final de su novela que le han servido de fuentes.

8. Coloma atribuye, según esta leyenda, a la mujer del platero Juan García el ser la causante de la delación y apresamiento subsiguiente del grupo vallisoletano de luteranos que se reunía en casa de Pedro de Cazalla y Leonor de Vivero, al seguir a su marido una noche a este lugar con la creencia de que allí mantenía amores. Hay que tener en cuenta el dato que salió a relucir en el proceso del bachiller Antonio de Medrano donde se mencionan unos celos de Leonor a causa de la alumbrada Francisca Hernández, que vivía en casa del matrimonio, a la que visitaban personajes notables (Pérez Escohotado – López de Abiada, 2005: 197). El relato de Delibes sobre el proceso y las penas impuesta está mucho mejor fabulado que el de Coloma, en parte, como declaró el escritor vallisoletano, por haber «procurado por todos los medios que la historia no devore a la fábula» (cit., en Pérez Escohotado – López de Abiada, 2005: 181), lo contrario que se había propuesto el novelista jerezano. Ambos coinciden en el punto de reproducir la frase pronunciada por el doctor Cazalla: «Si esperaran cuatro meses para perseguirnos, fuéramos tantos como ellos; y si seis, hiciéramos de ellos lo que ellos de nosotros» (En *Jeromín*, 1952: 1038; en *El hereje*, 1998: 319).

9. Aparte de reproducir la leyenda, Menéndez Pelayo aporta otras dos versiones sobre el origen del apresamiento de Agustín Cazalla, una poco fidedigna, procedente del carmelita granadino Fr. Francisco de Santa María, «autor del peregrino libro intitulado *Reforma de los descalzos de Nuestra Señora del Carmen*», quien atribuye el descubrimiento de las herejías de Cazalla a la famosa D.^a Catalina de Cardona, comúnmente llamada *la buena mujer*, aya que fue de D. Juan de; otra, más convincente, a un matrimonio vecino de Zamora, «Pedro de Sotelo y su mujer, Antonia de Mella», que acusaron ante el obispo de Zamora a un vecino suyo, Padilla, como hereje, y a partir de la correspondencia de este salieron a relucir otros nombres (1948: libro iv, capítulo vii.3).

10. Coincide con la lista que ofrece J. A. Llorente, (1870: 397-403). De las catorce personas condenadas a muerte, el novelista no nombra al licenciado Pérez de Herrera, citado en el estudio, mientras que a su vez Co-

dejar el novelista constancia de la verdad de su pintura (Eguía Ruiz, 1950; Romero Casanova, 2011). Omite, sin embargo, por razones fáciles de adivinar, entre ellas no incurrir en un naturalismo,¹¹ describir la quema dantesca de quienes sufrieron la muerte en la hoguera.

Esta es la aberrante función que presencia Jeromín, durante la cual el niño empieza a ser reconocible como miembro de la familia real, a pesar de que su madre adoptiva, doña Magdalena, procurara ocultarlo a las miradas indiscretas, primero de la princesa doña Juana, la hermana de Felipe II, y luego de buena parte del público, dato relevante que Coloma extrae de la biografía de Van der Hammen y que antecede al último episodio donde culmina el tramo de la infancia de don Juan. Se trata de su reconocimiento oficial por parte del rey¹² tras un preparativo de carácter novelesco del que el escritor saca el máximo jugo. Es un encuentro a solas, aparentemente fortuito, que mantiene el monarca, a su vuelta de los Países Bajos, en septiembre de 1559 con Luis M. de Quijada en el Monasterio de San Pedro de la Espina, aprovechando una montería.¹³ Coloma introduce la escena con los siguientes términos:

Apeáronse los de Villagarcía y fueron a besar la mano al rey con una rodilla en tierra. Alargósele éste a Luis Quijada sin moverse del caballo; mas era Jeromín tan chico, que no pudo cumplir esta parte del ceremonial en aquella humilde postura. Apeose entonces el rey, riéndose alegremente, y dióle a besar la mano, y levantándole la barbilla, miróle de hito en hito largo rato con grande curiosidad y como si pretendiese turbarle. No lo consiguió, sin embargo; ni era ya Jeromín el niño asustadizo y tímido que había ido a Yuste, ni tuvo nunca Don Felipe a sus ojos aquella aureola

loma menciona a otro, el licenciado Calahorra, que no aparece en su fuente. Presentan variantes los apellidos de Antonio Herrero, Juana Velázquez y Gonzalo Báez (en la novela), por Antonio Herrezuelo, Juana Blázquez y Gonzalo Baeza (en Llorente). De los dieciséis reos reconciliados, Coloma sólo nombra a los cuatro primeros de la relación completa de Llorente. Miguel Delibes, quien unifica en su novela los dos autos del 21 de mayo y del 8 de octubre de 1559, maneja selectivamente por su parte la lista de Menéndez Pelayo, más escueta y diferente en buena medida de la del historiador liberal.

11. Si bien en otros pasajes de la novela, como cuando describe las lacras física y psicológicas del príncipe Carlos, hace gala de un naturalismo «estético», «libre de contenido o fondo materialista» (Hibbs, 2001: 155).

12. El reconocimiento legal se había producido en Bruselas, cuatro años antes, el 6 de junio de 1554, cuando el emperador otorgó su testamento, aunque permaneció en secreto hasta hacerlo público Felipe II.

13. Figura en Van der Hammen («Estava ya en el D. Iuan bien descuidado del estado que le esperaba y mudança de vida que avia de hazer. Recibiolo el Rei con las demostraciones de amor y cortesía, que la sangre y lugar alto que ocupava pedían; y holgose mucho en ver fuesse de tan gallardo talle, rostro hermoso y señorial, tan airoso, y de tan buen juicio en tan tiernos años» (1627: 27) y en Porreño («el 28 de Septiembre [de 1559], so pretexto de una partida de caza, se dirigió al monasterio de San Pedro de la Espina, sito a una legua de Villagarcía, a donde había mandado le esperase Quijada con su pupilo sin que este sospechase el objeto de la excursión») (1889: 326). El relato de E. San Miguel es más novelesco («[Don Luis Quijada] lo tenía oculto bajo el traje de labrador en el pueblo de Villagarcía, que era de su señorío. En este traje se presentó a Felipe II por su disposición en una cacería cerca de Valladolid y en medio de su corte. Al arrodillarse el muchacho lleno de turbación y temor que es natural, se levantó el monarca con bondad y le dijo con tono dulce y afectuoso. ¿Sabéis de quién sois hijo? Habéis debido el ser al emperador Carlos V, que también fue mi padre. En seguida lo estrechó en sus brazos» (1844: 309).

de ser sobrenatural con que siempre se presentaba a su imaginación la figura de Carlos V (p. 1047).

El texto da a entender por sus connotaciones la fortaleza de espíritu del muchacho y la grandeza de Carlos V, superior a la de su heredero. Este último expone entonces a Quijada en un aparte el plan que tenía concebido para reconocerle públicamente como hermano suyo y concederle a partir de dicho momento los honores y privilegios que le correspondían, el nuevo nombre de Juan de Austria que debía llevar, la lista del personal puesto a su servicio y su nueva residencia fuera de la tutela de sus padres adoptivos. El rey vuelve luego junto a Jeromín y le revela su identidad. Termina así el primer libro con el epílogo del acto oficial y público en el palacio de Valladolid¹⁴ que el escritor trae a colación valiéndose de la cita de un manuscrito de la biblioteca Magliabecchiana de Florencia, mencionado por el historiador Gachard,¹⁵ en apoyo de la veracidad del hecho.

Si el capítulo de la infancia se prestaba por sus lagunas a una inventiva que recrea escenarios y anuncia a base de anécdotas expresivas el carácter del personaje y su destino, ya una vez el hilo conductor se adentra en una etapa posterior donde el sujeto se gana la fama con sus triunfos militares, los márgenes de la fabulación se estrechan considerablemente para el novelista. No obstante, sin alejarse de la objetividad impuesta, la biografía saca partido literario de todo aquello que puede prestarse a un imaginario, bien sea en introspecciones psicológicas, en el colorido descriptivo de los cuadros, en el enfoque narrativo, en las tensiones dramáticas y en los juicios de valor, todo ello ajustado a una voluntad de estilo que ejemplariza el escrito y lo eleva a una categoría estética. A título de muestra significativa repararé en el episodio de la batalla de Lepanto, central en la vida del héroe y culminación gloriosa de su carrera militar.

Se divide en dos partes de casi igual extensión (7+6 caps.): los preparativos y el combate naval. Dentro de la primera el autor apura, a efectos novelescos, las circunstancias que condujeron a la elección de Juan de Austria como comandante supremo de la Liga formada por los Estados Pontificios, el reino de España y la república de Venecia. Como se sabe, cada una de estas tres potencias proponía su propio candidato al Papa Pío V, quien debía elegirlo. Después de poner

14. En una crónica de *El Imparcial* (17-IV-1907) sobre un banquete en la residencia de la duquesa viuda de Bailén, se incluye la noticia de que en su galería de cuadros hay uno de Rosales, «La presentación de D. Juan de Austria a Carlos V», con el siguiente añadido: «para los que han saboreado con deleite infinito la última obra del insigne P. Coloma *Jeromín*, aquel cuadro era la evocación de la conmovedora escena de Yuste, tan admirablemente narrada en las páginas del nuevo libro del gran escritor. Doña Magdalena de Ulloa, D. Luis Quijada, todas las figuras interesantes que giran alrededor de D. Juan de Austria, vienen a la memoria al contemplar este cuadro de Rosales, joya del palacio de Bailén, y la emoción estética es más intensa cuando se ha leído el libro del sabio jesuita». Lo reproduce *Blanco y Negro* (Madrid, 25-V-1919, p. 44). Se encuentra actualmente en el Museo del Prado.

15. La cita a que se refiere, posiblemente extraída de la obra del historiador L. P. Gachard (1869), donde especula además que Felipe ya sabía de la existencia de don Juan antes de que se lo dijera Quijada (G. Parker, 2010: 349-351, 1189). El acto tuvo lugar el 12 de octubre.

en antecedentes al lector, Coloma llega a este pasaje decisivo sin anunciarlo y envolviéndolo en un halo de misterio al presentar un recinto privado donde se encuentra un sacerdote postrado ante un altar, que resultará ser el Pontífice antes de celebrar la misa, durante la cual tendrá la revelación del nombre de la persona idónea para capitanear la armada, al leer las palabras evangélicas de *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes, momento en el que* «volvió el rostro hacia la Virgen con la mirada perdida en el vacío como anegada en visiones celestiales» (p. 1102), con el convencimiento de que era un aviso celestial para designar al candidato de este nombre. Un recurso similar por su teatralidad, aquí con tintes muy sombríos, lo encontramos en el comienzo de *La reina mártir*, en que describe un escenario dramático: un moribundo, que resulta ser Francisco II, rey de Francia, está a punto de expirar en el lecho. A su lado se encuentran su mujer, María Estuardo, y los más allegados. Reina el silencio y la pesadumbre. Resulta un arranque muy efectista de esta otra biografía histórica que, con distintos tintes, lo vemos repetido al inicio de *Jeromín* y en el mencionado pasaje de la elección de Juan de Austria. Lo que sigue ya pertenece a la mera crónica histórica: la visita del legado pontificio a la corte de Madrid, la partida de don Juan camino de Italia, su llegada a Barcelona, donde se agrupan las primeras fuerzas navales, el desembarco en Génova, la consecución del viaje hacia Nápoles y llegada al puerto de Mesina, punto final de destino, donde se congrega toda la flota dispuesta a presentar batalla. Procede a continuación el relato a exponer el plan estratégico que se piensa llevar a cabo y la disposición de las flotas cristiana y la berberisca, junto a una serie de pormenores que sería prolijo citar y que refuerzan la veracidad del relato.

Como un viaje tan premioso, plagado de ceremoniales, y demás preparativos sólo posee un interés histórico, el único remedio al alcance del narrador para darle una impronta novelesca es, por un lado, aligerando el discurso, y por otro, a base de una ornamentación descriptiva dirigida a engrandecer la empresa y a su caudillo a una altura épica. Aportaré algunos ejemplos reveladores del tránsito de la historia a la ficción.

Para cubrir el ínterin temporal de la venida de la delegación pontificia a la corte, el escritor jerezano rememora la rendición de Famagusta con «la muerte atroz de Marco Antonio Bragadino y las horrendas traiciones llevadas a cabo por Mustafá con aquellos heroicos vencidos» (p. 1104), escenificando la capitulación de los sitiados y los malos tratos que recibieron de los vencedores. A Bragadino, por ejemplo, «por tres veces hicieron arrodillar a éste sobre el tajo para cortarle la cabeza, y otras tantas le retiraron por el solo gusto de angustiar su ánimo, contentándose al fin por entonces con quebrarle los dientes, cortarle la nariz y las orejas y arrancarle las uñas» (p. 1105). Coloma justifica así ante sus lectores la buena causa de la Liga santa contra «el monstruo otomano».

Otra pausa donde la cuña novelesca interrumpe el curso de la Historia es la visita de Juan de Austria a su madre adoptiva antes de emprender la aventura militar. Es ocasión oportuna para encarecer sus cualidades humanas:

su tierno amor a doña Magdalena; allá, en lo más hondo y noble de su corazón, junto a la fe religiosa que tan fecunda y pujante arraigó en su alma en Villagarcía, y la lealtad caballeresca, intransigente y robusta, aprendida en don Luis Quijada, y la caridad activa y práctica inculcada por la misma Ulloa (p. 1107).

Aprovecha el momento para informar sobre el comportamiento poco ejemplar de la madre biológica, Bárbara Blombergh, la primera vez que la menciona el relato,¹⁶ y sobre su amistad con Antonio Pérez, de quien doña Magdalena le previene, dos personajes vidriosos que el autor, sin embargo, prefiere relegar de la biografía.

La estancia en Barcelona la recrea asimismo el novelista con ciertos adornos de su propia cosecha. Uno de ellos es el refrigerio con que don Juan obsequia a sus dos sobrinos, los archiduques Rodolfo y Ernesto, para festejar la puesta a punto de la galera real. Previamente describe el navío con un alarde de tecnicismos para pasar luego a referir el festejo en unos términos que vale la pena transcribir:

Sentáronse los príncipes solos a una mesa que estaba ante la cámara bajo un toldo de damasco a listas encarnadas y blancas, y sirviéronles delicada merienda de frutas dulces de azúcar y verdes, y bebidas y refrescos, que el calor del día hacía deliciosos. Tocaba mientras tanto sobre los batallares de proa una música de ministriles vestidos todos de damasco turquesado, y ejecutaba la chusma a su compás una especie de *danza voladora*, saltando, trepando y haciendo mil gentilezas por las jarcias, gavias, mástiles y cuerdas, con tal agilidad, presteza y concierto, que resultaba un espectáculo de verdadero mérito y entretenimiento (p. 1112).¹⁷

16. Sobre este personaje, véase Lozano Mateos (1968-1971). Inspiró la obra de Patricio de la Escosura, *Barbara Blomberg*, drama en cuatro actos, en verso (Madrid, Imp. de los Hijos de D.^a Catalina Piñuela, 1847), en la que altera la realidad histórica, pues no convierte a Barbara Blomberg en la amante de Carlos V, sino que esta se presta a que todos, incluidos su padre y su amado, lo crean así, para salvar el honor de su amiga, la duquesa doña Blanca, mujer casada, que es la que ha mantenido relaciones con el emperador y estaba embarazada del que se supone será el futuro Juan de Austria. Este asunto de honor se mezcla con el político del enfrentamiento entre católicos y protestantes en Ratisbona. Entre la galería de personajes figura Luis Quijada. Este cambio de papeles quizá proceda del estudio de E. San Miguel en el que se lee: «El verdadero nombre de su madre es un secreto para muchos. Se creía vulgarmente que no lo era la que pasaba por tal, y había dado su nombre por salvar la reputación a otra dama de más alta esfera» (1844: 309), que, según la creencia, sería la hermana del emperador Carlos V, doña María, reina viuda de Hungría. Van der Hammen omite el nombre de la madre de Juan de Austria; Baltasar Porreño también pasa sobre ascuas y son, como indica el editor de este último, Rodríguez Villa, en una amplia nota biográfica sobre dicha mujer (1899: 311-318), los historiadores Lafuente (1854) y Gachard (1869) los primeros en esclarecer la verdadera maternidad.

17. Compárese, por ejemplo, a efectos de la recreación literaria, con el escueto relato de Van der Hammen: «El Lunes primero de Julio por la tarde llevó a los sobrinos a las galeras; donde había mandado aparejar una muy rica merienda. Salieron por el Ataraçanal [las Atarazanas], y al embarcarse hizo salva toda la artillería de mar y tierra. Merendaron en la Real los tres a una mesa; y aquella levantada, se puso otra para el Comendador mayor de Castilla, Prior don Hernando, y otros Caballeros» (1627: 156).

Esta parte de la obra culmina con la batalla de Lepanto. Expone en primer lugar las medidas que adopta el enemigo, remontándose a una disputa que previamente habían mantenido los dos jefes de la coalición musulmana, el fogoso Alí Pachá y el prudente Aluch-Alí *el Tiñoso*, sobre la conveniencia de hacer frente al enemigo o bien replegarse. Se impone el criterio de Pachá, fiel a las órdenes del sultán Selim II, y alinean sus barcos para el combate, lo mismo que los cristianos, dentro de un amplio frente marítimo que el narrador describe con sumo detalle. En este punto se pone de relieve las cualidades militares del caudillo, por su buen hacer y capacidad de liderazgo al levantar el ánimo de la tropa:

Sus pláticas no eran pulidas, ni sus razones intrincadas; decíales tan sólo que peleaban por la fe y que no había cielo para los cobardes... Mas decíalo todo ello con tanta verdad y gracia y salíanle tan de lo hondo sus afirmaciones y promesas, que a todos les entusiasmaba y disponía al heroísmo, como si infiltrara en ellos el temple de su grande alma (p. 1124).

El relato de la batalla con sus escaramuzas, incertidumbre del resultado y el pleno fragor de abordajes, degüellos y carnicerías, constituye una estampa magistral por su colorido descriptivo y expectación narrativa, hasta que arriba el momento supremo del choque entre las dos naves capitanas, que decidirá la victoria de la armada cristiana, tras la muerte de Alí:

Ya no había línea, ni formación, ni derecha, ni izquierda, ni centro; sólo se veía en cuanto del mar abarcaban los ojos, fuego, humo y pelotones de galeras en medio, trabadas entre sí, vomitando fuego y muerte, con los palos y los cascos erizados de flechas, cual enormes puercos espines que erizasen sus púas para defenderse y acometer: matar, herir, prender, animar, quemar era lo que se veía por todas partes, y caer al agua cuerpos muertos y cuerpos vivos, árboles, entenas, jarcias, cabezas arrancadas, turbantes, aljabas, rodelas, espadas, cimitarras, arcabuces, carcajes, cañones, flechas, cuantos instrumentos tenían entonces a su alcance la civilización y la barbarie para matarse y destruirse (p. 1127).

La figura de don Juan se alza en la recreación de esta página histórica a una altura mítica para sus contemporáneos y para el novelista, que no deja de encumbrarla por su talento, valor y cumplimiento de una misión religiosa. De «valiente generalísimo» lo califica, por ejemplo, hasta el almirante Jurien de la Gravière en su estudio sobre dicha epopeya, según anota el escritor jerezano.¹⁸ Coloma evoca, pues, con tales patrones un hecho glorioso del pasado español y a cuantos participaron en él, Cervantes entre ellos, al que no puede olvidar.

18. Libro III, n. 32, refiriéndose a *La guerre de Chipre et la bataille de Lépante*, Paris, 1888.

No quisiera, por último, poner fin a este calado sobre la ficción y la historia al hilo de algunos extractos narrativos, sin abordar otro pasaje de interés, cual es el episodio del asesinato de Juan Escobedo, que tuvo lugar en Madrid el 31 de marzo de 1578. Es un lance muy periférico en la órbita biográfica del héroe de Lepanto y que el novelista podía haberlo referido en cuatro líneas. Sin embargo, le dedica dos capítulos enteros (xx y xxii) y parte de otro intermedio (xxi), sin duda por su carácter novelesco, que viene a compensar la aridez narrativa de la campaña de Flandes. Como es sabido, antes del asesinato del secretario de Juan de Austria, hubo dos tentativas de envenenamiento por los mismos secuaces y fue en un tercer intento con arma blanca cuando el plan tuvo éxito. Coloma relata el curso de este proceso criminal sobre el que hay abundante bibliografía, desde su puesta en marcha hasta su ejecución definitiva, proporcionando detalles de quienes cometieron el acto criminal y cómo lo llevaron a cabo, pero sobre todo interrogándose sobre sus instigadores, si Antonio Pérez, en connivencia con la princesa de Éboli, o bien si la responsabilidad alcanzaba al mismo monarca, llevado a tal extremo por razones políticas o personales. La historiografía de la época especula sobre un asunto tan turbio, ofreciendo explicaciones diversas, nada contundentes. Los investigadores de nuestro tiempo, desde el doctor Marañón a B. Bennassar y G. Parker, culpan a Antonio Pérez como el planificador del asesinato después de que Escobedo descubriera sus relaciones amorosas con la princesa de Éboli y las maniobras políticas que veladamente y de forma hipócrita llevaba a cabo para desautorizar a don Juan de Austria ante el monarca, hasta el punto de que este consintiera la desaparición de Escobedo.¹⁹ En esta línea se ajusta la versión de la novela, la de que en un principio Felipe II consideró conveniente la muerte del secretario de don Juan, arrastrado por el engaño de frenar los deseos de gloria de su hermanastro en hacerse dueño de Inglaterra,²⁰

19. Van der Hammen exculpa al monarca desde el momento en que elude la participación que pudo tener en el turbio asunto, en tanto que carga las tintas contra la princesa de Éboli, afeando su carácter: «Era esta señora vengativa, vana, y soberbia, junto con ser tan libre y liviana, como pudiera una miserable mugercilla. Induxo al Antonio [Pérez] le matasse, porque no descubriese afrentoso trato de los dos» (1627: 318). Entre los historiadores del xix, el escocés R. Watson no sólo culpa al rey de la muerte de Escobedo, sino también de la muerte de Juan de Austria por envenenamiento (1822: 64-66). Los españoles prefieren descargar la responsabilidad en Antonio Pérez. Bermúdez de Castro, por ejemplo, lo tacha de ser el verdadero instigador por el odio que abrigaba contra el secretario de Juan de Austria, convenciendo al monarca para que diera la orden de ejecución, en virtud de la doctrina del confesor de Felipe II, fray Diego de Chaves, de que le amparaba el derecho real por encima de la ley; pone a la vez en duda la participación directa que pudo tener la princesa de Éboli (1841: 81-96). M. Lafuente (1854: 311-322) sigue el mismo criterio, al igual que Mignet (1845: 29-34) y el Conde de Fabraquer (1858: 131-137), quienes acentúan la importancia que tuvo la acusación de Escobedo contra las relaciones amorosas de Pérez y la de Éboli, hacia la cual el propio monarca había albergado sentimientos. De la bibliografía actual, cf. Bennassar (2004: 191-197) y el estudio muy completo de Parker (2010: 639 y ss).

20. «Al propio tiempo para tener conocimiento de todos los designios de su hermano y vigilar las intrigas de Escobedo, autorizó a Pérez, que poseía la confianza del uno y la amistad del otro, para que se carteara con ellos, supusiese entrar en sus proyectos y apoyarlos con él; y aun para que se expresase muy libremente sobre su persona, con el intento de inspirarles más confianzas y poseer sus secretos, que debía en seguida participarle. Pérez buscó, o cuando menos aceptó, tan repugnante papel. Escribió pues a aquellos cartas que leía

pero que después cambiaría de parecer y se desligaría de un complot imposible de frenar:²¹

descubrió Antonio Pérez a la princesa la cédula firmada por Felipe II en que le autorizaba para matar a Escobedo, y resolvieron ambos utilizar aquel seguro *dado por razón de Estado y retractado después*, para encubrir y asegurar el secreto de sus impúdicos amores (p. 1191).

Echando todas las culpas a la de Éboli y su amante, el jesuita evitaba así, y al parecer con razón, empañar la imagen del monarca español ante cualquier baldón de la Historia.

A efectos de construcción narrativa, vemos, pues, que esta secuencia cobra un relieve superior al que le corresponde dentro de la biografía por ser tangencial a ella, pero que le sirve al novelista para permeabilizar su relato con una dosis de intriga y misterio con los que amenizar la crónica. Del análisis somero de los tres episodios aquí seleccionados, podemos extraer algunas conclusiones sobre cómo la savia de la fabulación vivifica en una biografía como esta unos materiales históricos inanimados, rellenos de copiosos datos, bien cubriendo carencias, o con digresiones oportunas que no rebajen el interés de la lectura, como en el último ejemplo. Todo ello, sin alterar el material histórico que se expone convenientemente a la vista: documentación varia, testimonios epistolares, referencias bibliográficas, etc., destinándose todo el conjunto a conseguir un retrato lo más completo posible del sujeto biografiado, cuyas cualidades se encarecen aquí hasta extremos hagiográficos, a la vez que se minimizan los defectos en bien de un objetivo moral, religioso, social y político que el autor persigue, no para rescatar a secas el pasado, sino para proyectarlo sobre el presente con afán instructivo.

antes el mismo Felipe II, y en las cuales no siempre hablaba con mucho respeto de este príncipe y comunicaba en seguida al rey las atrevidas respuestas de Escobedo y los desahogos de la ambición inquieta y melancólica de don Juan» (Mignet, 1845: 16). Es la versión de Antonio Pérez en su defensa y que Mignet pone en duda, al defender la tesis de que don Juan fue siempre leal a su hermano y no obraba a sus espaldas.

21. Si bien Coloma no exime de responsabilidad a Felipe II, tampoco lo condena. Tal postura ambigua provocó duras críticas por parte de sectores reaccionarios, como la del padre Montaña, S.J., en *El Siglo Futuro* (30-X-1908), que rescata I. Elizalde, y contrasta, como bien repara el especialista, con los elogios prodigados en la polémica de *Pequeñeces* (marzo-abril de 1891) (1992: 260-261). *El Siglo Futuro* (31-III-1910) se inhiere de cualquier responsabilidad, la cual correspondía únicamente al colaborador, quien había sostenido ya la tesis, antes de que apareciera la novela, de que Felipe II no mandó matar a Escobedo en tres trabajos: *La verdad histórica sobre Felipe II*, *Más luz y Nueva luz*. Ya un año antes, nada más aparecer en libro, *La Época* refrendaba que *Jeromín* «ha dado lugar a una interesantísima polémica sobre la responsabilidad que alcanza a Felipe II en la muerte de Juan de Escobedo» (18-III-1907). G. Parker sopesa las relaciones políticas, plagadas de celos, por parte del rey, a causa de las ambiciones de su hermano, donde sólo la muerte de este facilitó la reconciliación (2010: 472-476).

Bibliografía

- BENASSAR, Bartolomé (2004), *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*, Madrid, Temas de Hoy.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, Salvador (1841), *Antonio Pérez, Secretario de Estado del rey Felipe II*, Madrid, Est. Tip. C. del Sordo, núm. 11.
- COLOMA, Luis (1952), *Jeromín*, en *Obras completas*, 3.^a ed., Madrid, Razón y Fe – Bilbao, El Mensajero del C. de J.
- DELIBES, Miguel (1998), *El hereje*, Barcelona, Destino.
- ELIZALDE, Ignacio (1992), *Concepción literaria y socio-política de la obra de Coloma*, Kassel, Reichenberger.
- EGUÍA RUIZ, Constancio (1950), «El Padre Luis Coloma. Su vocación literaria», en *O. C., T. XIX. Relieves y crítica*, Madrid, Razón y Fe.
- FABRAQUER, Conde de (1858), *Causas célebres históricas españolas*, Madrid, Est. tip. de F. de P. Mellado.
- GACHARD, Louis P. (1869), *Don Juan d' Autriche. Études historiques*, Bruselas.
- HIBBS, Solange (2001), «*Jeromín* de Luis Coloma: Un sutil equilibrio entre novela histórica y novela de costumbres», en *VV. AA., Prosa y poesía. Homenaje a Gonzalo Sobejano*, Madrid, Gredos (147-159).
- LAFUENTE, Modesto (1854), *Historia general de España*, t. XIV, Madrid, Est. tip. de Mellado, parte III, libro II.
- LLORENTE, Juan Antonio (1870), *Historia crítica de la Inquisición de España*, t. I [1817, 1822] (...), ordenada y corregida por Juan Landa, Barcelona, Juan Pons.
- LOZANO MATEOS, Emilio (1968-1971), «Noticias documentales sobre Barbara Blomberg», *Altamira: Revista de Estudios Montañeses*, 1 (15-138).
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino ([1880-1882] 1948), Enrique Sánchez Reyes (ed.), *Historia de los heterodoxos españoles. Erasmistas y protestantes*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MIGNET, François Auguste (1845), *Antonio Pérez y Felipe II. Obra escrita en francés por –*, trad. de Jacinto de Luna, Barcelona, Impr. de Juan Oliveres.
- PARKER, Geoffrey (2010), *Felipe II. La biografía definitiva*, Barcelona, Planeta.
- PÉREZ ESCOHOTADO, Javier; LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel (2005), «La historia de la ficción y la ficción de la historia en *El hereje* de Miguel Delibes», *Studi Ispanici*, 1 (179-208).
- PORREÑO, Baltasar (1899), *Historia del serenísimo señor D. Juan de Austria* [ca. 1627], Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio (1908), *Boletín de la Real Academia de la Historia* (febrero) (109-116).
- ROMERO CASANOVA, César Pascual (2011), *La novela histórica de Luis Coloma. Trayectoria y actualización biográfica y crítica*, tesis doctoral, Universidad de Alicante, en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-novela-historica-de-luis-coloma-trayectoria-y-actualizacion-biografica-y-critica/> (10/06/2014).
- SAN MIGUEL, Evaristo (1844), *Historia de Felipe II, rey de España*, Madrid, Imp. y libr. de Ignacio Boix, t. I.

- SÁNCHEZ-MARCOS, Fernando (2012), «Don Juan de Austria, un héroe del barroco temprano, en la cultura histórica del siglo XX», en *Les Dossiers du Grihl*, publicado en línea el 21 de junio de 2012, consultado el 6 de septiembre de 2014. URL: <http://dossiersgrihl.revues.org/5377>; DOI: 10.4000/dossiersgrihl.5377.
- VAN DER HAMMEN Y LEÓN, Lorenzo (1627), *Don Juan de Austria. Historia*. Madrid, por Luis Sánchez, impresor del Rey y del Reyno.
- WATSON, Robert (1822), *Istoria del reinado de Felipe II, rei de España, escrita en inglés por (...) i traduzida al castellano por el Z. R*, t. II, Madrid, Imp. que fue de Fuente-nebro.